

Razón de ser

Manuel Mejía Vallejo



Hugo Zapata, digital / serigrafía, papel de algodón entelado, 64 x 51,5 cm, edición 100 / 100

34

Tal vez escribo por un lejano instinto de conservación, por vanidoso temor de esfumarme completamente, de que seres y cosas que atestiguaron mi camino de hombre lleguen a morir en mi propia muerte: la obra sería un rastro que dejo, retazos de historia que viví y que me obligaron a soportar; un deseo ingenuo de cambiarla.

En nosotros los latinoamericanos escribir es casi un deber cívico y político en el mejor sentido de estas palabras, cuidando que la protesta supere el libelo y sea literatura con seres humanos al fondo, con situaciones y diálogos y atmósferas capaces de tocar la especie y enaltecerla, así sea para el hundimiento.

Habría, también, un instinto de comunicación. Tal vez el mundo y la vida se van narrando solos y nosotros somos sus oyentes, pero es bueno contar eso que pasa en nuestra inmediatez, sería imposible dejar de contar el gran accidente de la vida. Y como ahora los más aterradores sucesos humanos se convierten en frías cifras de computador, el escritor va contra esas cifras si ellas enjaulan o minimizan al hombre.

También escribo por instinto de solidaridad, por intentar ser la voz de quienes no la tienen, por defender una concepción del mundo más generosa, donde muchos seres y objetos queden nombrados sin tono lastimero, con la presencia del ser que nació para ser libre y digno en su responsabilidad.

O por un instinto de la defensa, cercano al de conservación: cuando hay víctimas achacables a sistemas y tradiciones, a la orgía del poder y de la indiferencia, es necesario tomar partido sin demagogia y con derecho a la rabia, a la compasión, al amor, a la ternura.

Puede intervenir, igualmente, un instinto de la curiosidad, si equivale a la investigación creadora: saber qué hay detrás de las fachadas, de tantas máscaras como se inventa el hombre para su engaño, o si máscaras y fachadas conforman su razón de ser. Entonces es labor de escritor desentrañar ese misterio, aprender a distinguir una época del escándalo de esa época, y evitar tantas verdades estrepitosas. “Para vivir hay que escuchar el eco de las cosas”, – dicen los indios tukanos –; según como se mire el fenómeno; también los indios nuestros decían sobre el trueno, humanizándolo: “Verdaderamente me duele sentir cómo lo arrastran por el cielo”. Saber, además, si las palabras alumbran el camino, e inventar un lenguaje en que todos los hombres puedan entenderse.

¿No intervendrá, por otra parte, un instinto de lo mágico, cuando el *homo ludens* sobrepasa al *homo sapiens*? De niño, de adolescente, y oyendo a los narradores campesinos, me llamaba la atención cómo las palabras podían formar hechos: es decidir que en varias mitologías el dios de la magia sea el mismo dios del lenguaje. Todas las artes nacieron del juego mágico, y la literatura en un principio fue oración e invocación para la vieja sentencia: el hombre es el único animal que sabe que va a morir y tiene conciencia de la injusticia de la muerte; el único animal con la palabra y la risa y el remordimiento.

Un cierto tipo de juego nos planteamos si deseamos descubrir. “Para ver la realidad se necesita mucha imaginación” –dice Juan Rulfo–: la realidad no es lo que se muestra, la realidad es lo que vive debajo del hecho que estamos mirando, pues las cosas tienden a esconderse como las personas. Ojalá estas afirmaciones no suenen a simple retórica, a lo mejor todavía ignoro por qué escribo. A veces me anima un regodeo estético, el hallar la poesía en su altura y un idioma justo para mis intenciones, mis ideas o falta de ideas, mi pasión, mi situación en el mundo de antes, de ahora, y en el que amenaza con derrumbarnos.

O simplemente escribo porque entiendo mejor los fenómenos al irlos describiendo; por entusiasmo ante la vida en rito de celebración, como si fuera una fiesta donde nos extasiamos y nos desesperamos con todos los sentidos, y algunos más que van inventando los días a quien sabe mirar el viento y el árbol y el agua, el amor y la muerte y la estrella cercana. Pero más allá de esta inútil pregunta, creo que escribo por un acto de soledad.

Ziruma, 1986